

DEL ANTIGUO EGIPTO AL PASEO DEL BOSQUE

RESEÑA DE UN SALVATAJE Y HOMENAJE A SU GESTOR

Elsa Rosenvasser Feher (*)

La sala Aksha del Museo de La Plata, actualmente en proceso de reestructuración, hace volar la imaginación hasta la época de Ramsés II, 3300 años atrás, pasando por las campañas arqueológicas realizadas por Abraham Rosenvasser hace más de cuarenta años y la instalación inicial de las piezas en el Museo en 1977. Esta colección egipcia podría parecer desubicada entre los saurios y las vasijas de culturas andinas que se albergan en el Museo. Aquí recordamos su historia, su razón de ser y de estar donde está. Como la gran mayoría de los objetos expuestos en el Museo, los de esta sala son fruto del trabajo personal de científicos argentinos vinculados a La Plata. Por lo tanto, la muestra preserva un doble legado: por un lado, otorga auténtica presencia a una cultura antiquísima; y por otro, ejemplifica la labor humana autóctona que posibilita esa presencia.

La Misión Franco-Argentina en el Sudán

En 1959, ante la perspectiva de la formación de un gran lago artificial en el río Nilo entre la 1ª y la 2ª cataratas causado por la represa de Aswan que estaba siendo construida en Egipto por ese entonces, la UNESCO hizo un llamado de alerta al mundo. El llamado estaba dirigido especialmente a misiones arqueológicas para efectuar el salvataje de los antiquísimos monumentos y objetos en el valle del Nilo que iban a quedar anegados al sur de Aswan, en la

Nubia egipcia y en la Nubia sudanesa. En la Argentina se moviliza el egiptólogo Abraham Rosenvasser, mi padre, y acuerda con Jean Vercouter -profesor de la Universidad de Lille- en formar una misión arqueológica franco-argentina para excavar el sitio llamado Aksha, donde se encuentran los restos de un templo de Ramsés II (Ramsés II, de la dinastía XIX, reinó entre 1292 y 1225 a.C.). Los esfuerzos de Rosenvasser fueron avalados por el CONICET y por la Universidad Nacional de La Plata, donde era profesor¹. En Fran-

cia, la misión fue respaldada por el Ministerio de Relaciones Exteriores. La asociación con los franceses permitió a la Argentina responder al llamado de la UNESCO ya que le era esencial poder compartir gastos y personal especializado.

El convenio del Egipto y el Sudán con la UNESCO contemplaba que las misiones arqueológicas participantes podían llevar a sus países la mitad de las piezas descubiertas. Es así como, a mediados de los años 1960 llegaron a la Argentina unas 300 piezas egipcias, provenien-

tes del complejo del templo y de tumbas aledañas. Se trata de una colección única en América del Sur cuyo valor cultural intrínseco se vuelve inestimable si consideramos que ya no es posible sacar piezas de sus países de origen. Más aún: hoy día tenemos el fenómeno inverso, pues es común que a los museos se les requiera la devolución de piezas incorporadas a las colecciones en otras épocas.

En enero de 1961 tuve la fortuna de visitar a mis padres en Aksha, durante la primera campaña (hubo tres en total) de la Misión Franco-Argentina. A la sazón yo era estudiante en la Universidad de Columbia. Volé de Nueva York vía Roma a Khartoum. Allí debí esperar varias horas el vuelo a Wadi Halfa, que me llevaría unos 500 kilómetros nuevamente hacia el norte. La gente del aeropuerto me colocó una silla tijera de lona al lado de las pistas para que, bajo las enredaderas de Santa Rita, descansara mirando los aviones y los pasajeros que iban y venían por el *tarmac* (no había mangas de desembarco en esos días). De esa escena casi idílica pasé a un avión pequeño: unos pocos pasajeros, atendidos por camareros nubios, altos y buenos mozos, vestidos a la usanza colonial inglesa con uniforme semejante al del policía de Wadi Halfa (Fig. 1), con shorts y calcetines tres cuartos.

En Wadi Halfa me vinieron a buscar en auto para cruzar el desierto y luego el Nilo hasta llegar a Aksha. El cruce del desierto impresiona: no hay camino, no hay siquiera huellas; el conductor sabe dónde la tierra es firme y hacia dónde hay que apuntar. El cruce del Nilo se hace en *falucas*, pequeños barcos a vela de diseño milenario, como la de la figura 2 que está por cruzar con las piezas excavadas en Aksha, embaladas en cajones, para la primera etapa de su viaje al Paseo del Bosque.

Wadi Halfa² era un lindo pueblo, lleno de vida, hasta donde llegaba



Fig. 1. Policía en Wadi Halfa.



Fig. 2. Faluca cargando piezas excavadas.

–y de donde partía– el barco que tomamos al término de la campaña para bajar por el Nilo hasta Aswan. (Ver Fig. 3: los pontones laterales se agregan para llevar pasajeros de segunda y tercera clase.) Durante los meses de la campaña (de diciembre a marzo) los integrantes de la misión arqueológica iban a Wadi Halfa como quien va a la gran ciudad para distraerse y cambiar de panorama. Pero si bien era pintoresca (Fig. 4), no era exactamente un centro de esparcimiento en el sentido moderno de la palabra.

Ya hace cuarenta años que ese Wadi Halfa desapareció bajo las aguas del lago Nasser (formado por la represa de Aswan.) Era la segunda ciudad del Sudán con 10.000 habitantes que fueron restablecidos en otros lugares y han pagado el precio del desplazamiento: quienes antes se dedicaban a plantar naranjales y cultivar caña de azúcar han te-

nido que cambiar totalmente su forma de vida y hacerse pescadores. El lugar llamado Wadi Halfa hoy en día no es el mismo que conocimos nosotros: solamente lleva el mismo nombre.

El equipo y la vida en Aksha

¿Quiénes formaban el equipo de excavación de Aksha? Los miembros del equipo argentino comprendían un historiador/epigrafista, que era mi padre, a cargo de la lectura e interpretación de las inscripciones je-



Fig. 3. Navegando entre Wadi Halfa y Aswan.



Fig. 4. Fumando narguile en Wadi Halfa.

roglíficas (Fig. 5), un arquitecto encargado de dibujar los planos del sitio ubicando los hallazgos (un año fue Sergio Domicelj; otro, A. Hernandez), y un arqueólogo (un año fue Alberto Rex Gonzalez; otro, Pablo Krapovickas.) El equipo francés contaba con el arqueólogo y fotógrafo André Vila –tipo divertido, lleno de anécdotas sobre los bereberes con los que había convivido un tiempo–; Henri de Contenson experto en arqueología de la época cristiana, y el director, Jean Vercoutter, a quien no tuve oportunidad de conocer porque no estuvo en Aksha durante mi estada.

La casa en la que se alojaban los miembros de la Misión era de adobe, alquilada a los pobladores locales. Como todas las casas del pueblo (Fig. 6) era rectangular, alargada y sin ventanas al exterior, dispuesta de modo de ofrecer el menor frente posible a las tormentas de arena que soplan despiadadas cada tanto. La luz llegaba por ventanas o puertas comunicantes con el patio interior, cuyo techo era de hojas de palmera. Las casas eran del mismo color de la arena del desierto; se diría que estaban diseñadas con una concep-



Fig. 5. Rosenvasser haciendo epigrafía.

ción modernísima de arquitectura ecológica en que las viviendas se confunden con el paisaje circundante. La casa de la Misión alojaba a los miembros del equipo en cuartos individuales; además había un cuartocomedor, un baño (he olvidado totalmente los detalles de su equipamiento) y una cocina.

Los habitantes locales vestían túnicas de algodón: blancas los hombres, negras las mujeres. Los hombres portaban turbantes, blancos también. Curiosamente (para nosotros) se acostaban a dormir la siesta al sol sobre bancos de adobe adosados a las casas, envueltos de pies a cabeza en frazadas de lana espesa, Es que, preciso es recordarlo, para ellos era invierno.

El cocinero y el mayordomo, Mohammed y Ahmed, eran nubios que habían sido entrenados por los ingleses durante el mandato británico en Sudán. Por lo tanto, muy correcta y educadamente, se servía la comida por la izquierda y se retiraban los platos por la derecha. Pero la comida, dispuesta por la mujer de Contenson, por suerte tenía visos de cocina francesa. A la hora del té se servían cúmulos de



Fig. 6. Casas nubias.

halva (algo así como turrón de alicante, hecho de semillas de sésamo) que ingeríamos como si no hubiera mañana.

Los jueves era el día de visita en que los miembros de las varias misiones arqueológicas de la región se anunciaban para visitar las excavaciones de sus vecinos. Así lo suecos de la misión del otro lado del Nilo vinieron un jueves a tomar el té. Otra vez fueron los españoles. Y en otra ocasión los polacos de Faras, famosa por su director Michalovsky y los frescos de las iglesias cristianas allí excavadas. Nosotros, en otro jueves de visitas, los visitamos a ellos.

Los viernes era el día de pago de los trabajadores. El capataz, sentado junto a Rosenvasser u otro miembro responsable de la misión, en una choza hecha de hojas de palmera, entregaba el dinero y anotaba en el libro de gastos. Rosenvasser y los miembros más antiguos de equipo, hablaban suficiente árabe como para entenderse con el capataz y los ayudantes domésticos cuyo inglés era, a lo sumo, muy rudimentario.

Todos los días tras el ritual baño de sol en los médanos (era chic estar bronceada y no sabíamos del cáncer de piel), pasaba por el lugar donde mi padre, cuaderno en mano, copiaba inscripciones jeroglíficas (Fig. 7) y las traducía buscando paralelos –pues las invocaciones se repiten– con inscripciones conocidas de otros templos (como ser Karnak y Abu Simbel.) En esos momentos me mostraba cosas interesantes. Por ejemplo la gran pared donde, de un lado de la puerta, hacia el norte, se

encuentran representados en bajo relieve los asiáticos. Al otro lado de la puerta, al sur, están retratados los pueblos kushitas con sus característicos rasgos negroides. Se trata de una impresionante representación de los pueblos vencidos, del norte y del sur, respectivamente. Estas piedras han quedado en el museo de Khartoum pero los dibujos están reproducidos en la Sala Aksha.

Mi madre, entre otras cosas, estaba encargada de hacer el inventario de las piezas que se iban alineando bajo las palmeras. Allí se pintaba con pintura negra un número de identificación (todavía visible en muchas de las piezas de la exhibición) y se registraba la descripción de la pieza y el lugar en que había sido encontrada, usando la ubicua Olivetti portátil. Yo hacía de ayudante. Nos tomamos muy en serio la advertencia de no meter la mano debajo de las piedras para darlas vuelta, por el peligro de la picadura mortífera de los escorpiones.

Los funcionarios del Servicio de Antigüedades del gobierno sudanés venían con frecuencia a ver las obras de la excavación. Eran simpáticos pero estrictos. Su tarea de inspección consistía en verificar que todos los objetos encontrados fueran rigurosamente inventariados (en especial, los pequeños objetos, como los amuletos o estatuillas o anillos) y que nada saliera del país sin estar estrictamente controlado.

Por lo demás, había, claro, algunos elementos exóticos en esta mi-



Fig. 7. Rosenvasser traduciendo jeroglíficos.



Fig. 8. Vendedor ambulante a camello.

sión arqueológica, por ejemplo el policía y el vendedor ambulante montados en camellos (Fig. 8), o el aguatero con su asnito (Fig. 9).

Historia del sitio y las excavaciones

Aksha queda en lo que es hoy día el Sudán, la Nubia egipcia en la época del imperio faraónico de Ramsés II y de su padre Seti I. Está en la margen occidental del Nilo, un poco al norte de la segunda catarata y pocos kilómetros al sur de Abu Simbel (el templo más famoso de Ramsés II que fue cortado de la roca en que estaba tallado, levantado 60 m sobre el acantilado, y trasladado para evitar las aguas de la represa de Aswan).

En la época de gloria del Imperio los dominios del faraón se extendían desde el mar Mediterráneo hasta la cuarta catarata, unos trescientos kilómetros al sur de Aksha. El faraón demostraba su poderío mediante asentamientos. Uno de ellos era Aksha, con su templo y la pequeña ciudad circundante.

Las ruinas de Aksha se mencionan ya en 1813 y fueron descritas varias veces más a lo largo del siglo XIX. En 1906 Breasted, conocido historiador de la Universidad de Chicago (su libro, citado en la bibliografía, es clásico) saca las primeras fotos del sitio. Cuando llega la Misión Franco-Argentina, una parte importante de lo visto en el siglo

anterior había desaparecido, pues la gente del lugar había aprovechado el templo egipcio y la basílica que los cristianos habían construido en el mismo lugar como si se tratase de una cantera, para construir sus casas y sus norias, y fertilizar sus campos con el adobe.

El templo excavado por la Misión Franco-Argentina tenía la estructura clásica: una parte de acceso semipúblico, constituida por el pílono de entrada y un patio interior con pórticos sostenidos por pilares, y una parte privada (de los sacerdotes), constituida por una antesala y un santuario tripartito.

Fuera del templo se encontraron siete depósitos con los nombres de Seti I y Ramsés II en sus puertas de piedra. Estructuras aledañas que se excavaron eran los depósitos de granos, las viviendas del clero, el palacio del gobernador (en la exposición está una jamba monumental, con inscripciones, de una puerta de ese palacio) y, más lejos, el lugar donde vivía el pueblo. Hacia el Nilo se excavó el muelle donde atracaban las embarcaciones que en esa época eran iguales a las *falucas* que se usan hoy día (Fig. 10).

En un lugar vecino llamado Bedier, estaba enterrado un funcionario egipcio anterior a la época de Seti y Ramsés. Su tumba fue excavada por la Misión Franco-Argentina, y objetos allí hallados (cuencos, jarras, etc.) son parte de la colección



Fig. 9. Aguatero con su asno.

del Museo de La Plata.

Además, se hallaron tres cementerios: dos de culturas nubias anteriores al Imperio, y un tercero meroítico. La meroítica fue una cultura importante, posterior a la ramésida, proveniente de Meroé, un pueblo más al sur de la Nubia; dejó monumentos, incluidas pirámides que son mucho menos conocidas que las egipcias.

Hemos considerado tres capas que han dejado rastros en Aksha: las viejas culturas nubias, la egipcia, la meroítica. La cuarta, que se encuentra por encima de las anteriores, es la cristiana. La iglesia, que ya fotografió Breasted en 1906, fue construida con ladrillos de adobe pero también –como es característico en los lugares habitados por culturas diferentes sucesivas– con piedras de las estructuras egipcias. En la colección del Museo hay un capitel de la iglesia, una gárgola y algunos fragmentos de vasijas de esa época.

De Aksha a La Plata

Algunas de las piezas excavadas resultaron estar demasiado deterioradas para ser movidas y quedaron *in situ*. Otras viajaron a Khartoum. Algunas de allí a Francia. Otras a la Argentina, donde quedaron más de diez años en sus cajones hasta que se acordó exhibirlas en la sala de la planta baja del Museo, donde se encuentran actualmente emplazadas. En rigor, dada la distribución temática del Museo, la sala Aksha debiera haber sido montada en el primer

piso con las otras salas de antropología y arqueología. En su momento no se hizo así porque había dudas sobre si la sala que le correspondía aguantaría el peso de las piezas.

La muestra que se abrió en el año 1977 fue montada por Rosenvasser y su entonces discípula Perla Fuscaldó³. Con los recursos y conocimientos de esa época, se montó una sala con techo y paredes pintadas de negro, se erigieron portales usando jambas y dinteles originales completados por reconstrucciones, se recubrieron las piezas con una resina protectora y se crearon fotos y carteles explicativos que hicieron de la sala una exposición sumamente bien documentada. Lamentablemente, el continuado deterioro de las piedras sumado al vandalismo de algunos visitantes, hicieron que la sala Aksha permaneciera cerrada al público los últimos años y solo se abriera por pedido especial. Se especulaba que las piedras se deterioraban por la humedad ambiente en La Plata sumada al montaje rudimentario de las piezas con cemento adosado a las paredes y ménsulas de hierro (que se oxidan). Se pensaba que para detener el deterioro habría que climatizar la sala, cosa muy difícil de llevar a cabo en el Museo, y volver a montar las piezas con técnicas más modernas.

Ahora, treinta años después, y gracias a fondos otorgados a la Fundación del Museo de La Plata por la Fundación Paul Getty hemos podido traer de los Estados Unidos a un experto en conservación para asesorarnos sobre el estado de las piezas y formular planes para reacondicionarlas y conservarlas. Así nos enteramos que el problema más grave es la resina “protectora” que se deteriora con el correr del tiempo y se escama acarreado consigo granos de arenisca, es decir que, en vez de proteger, desintegra la pieza. Por lo tanto el primer paso, que se está llevando a cabo ahora, consiste en remover con muchísimo cuidado la



Fig. 10. Vista del Nilo y faluca desde la zona del embarcadero.

resina cobertora. La labor del magnífico equipo a cargo de este proceso ha sido muy bien documentada por S. Camps en el diario *Clarín* (citado en bibliografía).

Habrá que encarar después otro problema: las sales que afloran y forman montículos blancos sobre la superficie de las piedras. Y cuando haya un diseño moderno para la nueva exposición habrá también que considerar métodos modernos, estables y reversibles, de montar las piezas nuevamente. Queda mucho por hacer.

En su discurso con motivo de la inauguración de la exposición de la Sala Aksha, Rosenvasser se expresó así: “Al inaugurar [la exposición] hoy no me queda sino formular un vehemente deseo: que la Universidad procure con todos los medios a su alcance su buena presentación y su adecuada conservación para que los importantes propósitos educativos que esta colección comporta se mantengan para bien de la Nación toda en su plena significación.” Su deseo se está satisfaciendo.

La razón de la sinrazón y algunos porqués

Pero la incógnita subsiste: ¿por



Fig. 11. Perfiles egipcios: Rosenvasser ante un bajo relieve.

qué Rosenvasser, viviendo en la Argentina, habiendo ido a Egipto por primera vez en su vida cuando tenía más de 50 años... ¿por qué se dedicó con tal pasión a desenterrar piedras egipcias y a descifrar jeroglíficos? Conjeturamos que Rosenvasser, agnóstico liberal como tantos intelectuales de comienzos del siglo XX, plasmó las tradiciones vividas en su infancia en la colonia de inmigrantes judíos cerca de Carlos Casares con su interés cuasi laico en los orígenes del monoteísmo. Las relaciones entre Egipto e Israel en la época del Éxodo bíblico lo van llevando por la senda de la egiptología. En 1923 el mundo retumba con el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon. Están en casa en Buenos Aires los números de la revista *The London Illustrated News* de la época, con páginas y páginas de fotos de las cámaras mortuorias con los tesoros que allí yacían y los ingleses Lord Carnevon y Carter que abrieron la

tumba. Rosenvasser tenía veinticinco años. ¿Cómo no entusiasmarse con esa cultura, con tales maravillas? Todas estas coyunturas, creemos, dan pautas, si no explicaciones cabales, del camino que tomó Rosenvasser (Fig. 11).

Y para terminar: ¿qué hace la hija de Rosenvasser embarcada en el proceso de conservación de piezas egipcias y con pretensiones de poner su granito de arena en una nueva y moderna presentación de la sala Aksha? De jovencita estudié física en la Universidad de Buenos Aires porque en esos años la física cuántica

y la relatividad eran los tópicos punta de lanza que abrían caminos y hostigaban la imaginación. Eran, digamos, el equivalente en 1950 de Tutankhamon en los años 20. Además, se trataba de temas de los que mi padre no entendía nada; y al vivir en casa de mis padres y no poder tomar distancia física como hacen los jóvenes hoy día, lo que me restaba era tomar distancia intelectual. Las vueltas de la vida me llevaron a dirigir y crear exposiciones interactivas en un museo de ciencias en los Estados Unidos donde vivo, dirigidas a la apreciación popular de nuestro legado científico. Y pasar del legado científico al legado egiptológico... bueno; ¡es una cuestión solamente de contenido!

* Profesora Emérita de Física,
San Diego State University, San
Diego, California, Estados Unidos.

Bibliografía consultada

Breasted, J.H. 1967. *A History of Egypt*. Bantam Books, New York. Edición original 1905, Scribner, New York.

Rosenvasser, A. 1964. La excavación de Aksha: tres campañas arqueológicas en la Nubia. *Ciencia e Investigación* 20(11): 482-511.

Camps, S. 2006. Restauran en el Museo de La Plata una colección única de piezas egipcias. *Diario Clarín*, domingo 16 de abril.

¹ *Era también profesor de Historia Antigua I (Oriente) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su vinculación con La Plata era de antigua data: había sido profesor del Colegio Nacional de la Universidad desde 1923 hasta 1942 y decano de la Facultad de Humanidades en 1957-58 (después del derrocamiento de Perón). En la Universidad de La Plata fue profesor casi ininterrumpidamente desde 1939 hasta 1946 (año en que fue declarado cesante) y luego desde 1956 hasta 1963.*

² *La importancia histórica de Wadi Halfa era puramente estratégica: era el lugar donde se agruparon las tropas británicas para lanzar su ofensiva en 1884 contra el Mahdi, líder carismático de los fundamentalistas musulmanes en ese momento.*

³ *Profesora de Historia del Antiguo Oriente en la Universidad de Buenos Aires e investigadora del CONICET. Ha sido directora de la misión arqueológica argentina a Tell el- Ghaba. Participa en la excavación austríaca en Tell el-Dab'a en el delta del Nilo. Está involucrada en el estudio de las cerámicas (son más de 200) de la colección Aksha y es partícipe activa del equipo de renovación de la Sala Aksha.*